

Cosmopolitismo vs. Tradición: Valery Larbaud y la mujer española

Inmaculada ILLANES ORTEGA
Universidad de Sevilla

Valery Larbaud está considerado como uno de los más destacados representantes del cosmopolitismo literario francés de principios del siglo XX. Su vocación viajera, su interés por el conocimiento personal y por la difusión en Francia de las literaturas extranjeras y, sobre todo, el particular sistema ideológico configurado por el conjunto de su obra (la llamada “libre vie cosmopolite”) lo convierten en modelo de un particular tipo de modernidad, basada en el deseo de universalidad, al tiempo que en un profundo egotismo¹.

El ideal cosmopolita, al que aspiran los distintos héroes larbaldianos, casi exclusivamente masculinos², se presenta como un proyecto de construcción de la propia existencia, fundado sobre el principio irrenunciable de la libertad individual y la búsqueda insaciable y permanente del placer y el cultivo personal.

Dentro de esta particular concepción de la vida, la mujer ocupa un lugar fundamental, por cuanto el cosmopolita, aún temeroso de las limitaciones que las relaciones afectivas pueden imponer a la independencia personal, se siente irremisiblemente atraído hacia ella, y no como simple objeto de seducción, sino como el único ser capaz de compensar (siquiera temporalmente) sus carencias personales y su insatisfacción existencial.

Además, el elemento femenino adquiere un particular interés para el viajero que recorre incansable el mundo, en un intento de descubrir y abarcar toda la diversidad que éste le ofrece: Larbaud confiesa amar a las mujeres como a las ciudades, y es que, para él, aquéllas se erigen en representación inmejorable del espacio al que pertenecen, en encarnación de los valores fundamentales de la sociedad de la que forman parte.

A este respecto, la mujer española no es una excepción y, por ello, su presencia en la obra larbaldiana se convierte en síntesis de la imagen que de España se ofrece en ella. Una España por la que el autor siempre manifestó una clara simpatía y que constituye, junto a Inglaterra e Italia, uno de los pilares de su particular geografía afectiva de Europa.

Como corresponde a un espíritu vocacionalmente comparatista, la caracterización de la española se realiza por contraste con las de otras nacionalidades europeas. De un modo general, el carácter tradicional de la mujer mediterránea (española e italiana) se opone a la modernidad de las mujeres pertenecientes a las sociedades, ideológicamente más avanzadas, del norte del continente. El contrapunto al modelo masculino del cosmopolita lo ofrece, pues, un tipo de mujer moderna, culta, inquieta e independiente, que busca dirigir su propia existencia ignorando la presión de las convenciones sociales. Son los personajes femeninos de los relatos que componen *Amants, heureux amants...* (Queenie, la joven inglesa que prefiere mantener a su hijo

¹ Para un análisis más detallado del ideal de la “libre vie cosmopolite”, véase Illanes, 1994.

² Incluso en *Fermina Márquez*, la focalización masculina resta protagonismo al personaje femenino que da título a la novela.

con su propio esfuerzo antes que dejarse comprar su amor por cualquier hombre; Inga, la bailarina danesa que desafía al mundo siguiendo las libres inclinaciones de su corazón; Isabelle, la divorciada que busca el verdadero amor...), cuyo atractivo fundamental se encuentra en su espíritu independiente, “un peu féministe: gagner sa vie, n’être pas une esclave turque” (“Mon plus secret conseil”, Larbaud, 1989: 676).

Frente a ellas, la mujer española, educada en el respeto a los valores tradicionales, no carece, sin embargo, de atractivo. Muy al contrario, la solidez de sus convicciones despierta la admiración de quien trata de conocer y comprender su carácter para descubrir en él la esencia misma del ser español.

Rechazando los prejuicios derivados de los tópicos románticos sobre ella, Larbaud observa a la española desde el interior de su propio universo. Sus prolongadas estancias en nuestro país y su amistad con diversas familias alicantinas le permitirán el contacto diario con al menos cierto sector de la población femenina (la burguesía de provincias)³, en el que encontrará motivos de admiración, dignos de su particular homenaje literario.

Ya en su primera novela, *Fermina Márquez* (1911), la protagonista presenta algunos de los rasgos que caracterizan a la mujer hispana⁴, fundamentalmente en lo que respecta a la importancia del sentimiento religioso. Diversas alusiones aparecen, igualmente, diseminadas por textos de muy diversa índole (relatos, artículos, ensayos...), aunque donde la presencia de la mujer española se hace especialmente significativa es en la inacabada novela *Luis Losada* y en la serie de artículos que, bajo el título genérico “La mujer vestida”, publicó Larbaud en la revista española *Higiene y belleza*⁵, dirigida por su amigo, el doctor alicantino D. Higinio Formigos Latorre. Dado el fracaso del proyecto de redacción de una novela de tema español y el destino únicamente personal del diario alicantino, estos artículos (especialmente el tercero de ellos: “Lola”), que constituyen la única publicación original del autor en nuestro país, se convierten en el principal testimonio público de su admiración por la mujer española.

El incompleto texto de *Luis Losada*, definitivamente abandonado tras sucesivos intentos de conciliar la creación del personaje principal con la presencia dominante de Alicante en el relato⁶, contiene un capítulo, “Les Panathénées”, dedicado a narrar los intentos de contraer matrimonio del protagonista, un frustrado aspirante a cosmopolita, que se muestra incapaz de superar sus propias limitaciones de pequeño burgués. Por el texto desfila todo un repertorio de jóvenes entre las que Losada buscará sin éxito a la mujer apropiada para compartir su existencia y a las que Larbaud presta no pocos rasgos de sus amistades alicantinas, tal como pone de manifiesto la comparación del texto con las anotaciones realizadas en su diario personal⁷.

Lolita, Carmen, Amparito y Rosario son presentadas por el narrador en claro contraste con Berthe Marcou, la modista francesa con la que Losada había mantenido

³ En general, el viajero cosmopolita larbaudiano, profundamente elitista, manifiesta escaso interés por los miembros de las clases populares, sean hombres o mujeres.

⁴ Aunque la joven es colombiana, hemos de señalar que, para Larbaud, que nunca cruzó el Atlántico, el mundo hispánico se encuentra unificado en gran medida en un mismo espíritu.

⁵ Volumen I, n^{os} 30 (abril), 32 (mayo), 33 (junio) y 34 (julio), 1917. El texto completo de la serie aparece reproducido en Poÿlo, 1969.

⁶ Así lo explica el autor en “Sa moitié d’orange”, texto integrado en *Jaune, bleu, blanc*.

⁷ El componente biográfico de éste y otros textos del autor sobre nuestro país ha sido analizado en profundidad por Anne Poÿlo en su tesis doctoral *Larbaud et l’Espagne* (Université de Lyon-II, 1985).

una relación de convivencia sentimental (no sancionada por el matrimonio) durante sus años de juventud en Barcelona, una época en la que el desahogo económico le permitía jugar al héroe cosmopolita. El libre comportamiento sexual y el carácter independiente de la joven francesa contrastan agudamente con la rigidez de las convenciones sociales que marcan el rito del cortejo en el universo de la pequeña ciudad provinciana. El protagonista, a pesar de sus aspiraciones de modernidad, valora los principios tradicionales de sus compatriotas en relación con el amor y el matrimonio y, cegado por un rígido concepto del honor, se muestra incapaz de comprender la actitud de quien obedece sólo a sus sentimientos.

“La mujer vestida” utiliza de nuevo el recurso a la comparación para caracterizar el tipo de la española. Aunque el tema inicial de esta serie de artículos no es otro que la moda femenina, ésta pasa a ocupar un segundo plano, convirtiéndose “Marie”, “Gladys” y “Lola” en sendas representaciones de la mujer francesa, inglesa y española, con las que Larbaud pretende poner de relieve las cualidades particulares de ésta última.

Dos son los rasgos fundamentales que condensan el atractivo personal de la española, rasgos que, como señala el joven Léniot en *Fermina Márquez*, le eran ya atribuidos por el mismísimo Cervantes:

Vous me faites songer à l’Espagnole anglaise de Cervantes; vous savez, il dit qu’elle était remarquable “por su hermosura y por su recato” (Larbaud, 1989: 346)

Ambos rasgos, además, están íntimamente ligados, por cuanto el elemento diferenciador de la belleza de la mujer española frente a la de otras europeas reside en cierto halo de pureza, incluso de misticismo, por el que su rostro traduce actitudes de la vida interior. La hermosura se muestra así como el reflejo y la consecuencia del recato, de esa timidez voluntaria de la española en sus relaciones sociales, fundamentalmente con el sexo opuesto.

De este modo, la plenitud de la belleza femenina aparece como el resultado de un largo y delicado proceso de gestación, en el que la acción de la naturaleza se une al de la educación personal, y España será, para Larbaud, un país de niñas feúchas y de jóvenes resplandecientes⁸.

Bella, perfecta, virgen o madre, encarnación y expresión del amor más puro, la española presenta en los textos larbaldianos un aura de pureza que la convierte en objeto de admiración, casi de devoción, en una especie de manifestación física de su propia espiritualidad. De este modo, Araceli será calificada de “diosa”, Barnabooth hablará en uno de sus poemas de “un ange, une jeune Espagnole”⁹, y la joven Lolita Carbonell será vista por Losada como imagen alegórica de las virtudes, una imagen que, según consta en el diario, Carmen ofrecía también al propio Larbaud¹⁰.

⁸ Cfr. “La mujer vestida” en Pojlo, 1969.

⁹ “Europe” (Larbaud, 1989: 69)

¹⁰ Sin embargo, este carácter alegórico no es exclusivo de la mujer española, ya que también aparece en otra joven (esta vez italiana), a la que Marc Fournier sigue un día hasta su casa para pedirle infructuosamente un beso:

Et ce visage obscur et rayonnant, qui était celui de la Bonté quand elle souriait, celui de la Justice si elle fronçait un peu les sourcils et celui de l’espérance lorsqu’elle rêvait. (Larbaud, 1989: 566)

A esta imagen contribuye, además, la onomástica femenina propia de la lengua española, inspirada fundamentalmente en las denominaciones marianas, que convierte los nombres de mujer en objetos evocadores, cargados de encanto para quien los pronuncia¹¹.

Este carácter simbólico de la belleza femenina, que la eleva hacia una perfección mística, endureciendo su expresión y convirtiéndola casi en una estatua digna de una adoración idólatra, no es sino el resultado de su particular actitud. Profunda y sinceramente religiosa, la española de Larbaud “santifica” el amor y la pasión, convirtiéndolos en una cuestión íntima, que la lleva a imponerse una actitud de recato, de autoprotección, que distingue al verdadero amor del coqueteo frívolo y superficial. Una actitud que le otorga cierta superioridad sobre quienes sacrifican a las veleidades de la vida mundana un sentimiento íntimo y auténtico:

Elle vit davantage pour l’amour, c’est-à-dire pour l’homme et le foyer que les femmes des nations où il y a rivalité entre les deux sexes ; elle est davantage épouse au sens religieux du mot, elle vit pour « se marier comme Dieu l’ordonne », et suit scrupuleusement, même lorsqu’il s’agit de « prier Dieu la tête couverte » les préceptes de l’apôtre des Gentils ; enfin, elle vit à l’intérieur de ce que Paul Claudel appelle « la barrière du mariage » ; les autres vivent dans le siècle. (Poÿlo, 1969: 128-9)

Esta vinculación de la mujer española con el matrimonio, para el que parece destinada por ley divina, no le resta, sin embargo, ningún atractivo a los ojos del cosmopolita. Bien es cierto que éste habrá de cuidar las formas en su relación con ella, para evitar situaciones comprometidas (“ici, en Espagne, un baiser a autant d’importance qu’une caresse en Angleterre”¹²), pero, por encima de todo, más que temor a “ser cazado”, la mentalidad de la mujer española inspira en él un profundo respeto.

Como un racionalista angustiado que admira, e incluso envidia, en otros la fe sincera y sin fisuras de la que se siente privado, este solitario insatisfecho se rinde admirado ante la fuerza y la profundidad de la entrega amorosa que encuentra en la mujer española y, lejos de tratar de sacar provecho personal de ella, la sitúa en ese ideal casi místico del amor único y verdadero al que, más o menos secretamente, aspira:

Pour cette raison, tandis que les étrangères peuvent nous inspirer maints sentiments divers, depuis l’amitié purement intellectuelle, jusqu’à la plus violente passion en passant par ce que les Anglais appellent « fancy » et les Français « béguin », les Espagnoles ne peuvent qu’inspirer le plus louable, le plus pur amour, elles sanctifient la passion, ce qui leur confère ce sérieux, cette connaissance des choses essentielles de la vie : l’amour et la maternité, cette dignité que possèdent tous les êtres qui n’ont pas renoncé à leur essence divine pour abandonner leur âme aux vanités de ce monde, tant

El tejido de la autointertextualidad larbaldiana se hace aquí más complejo que en otras ocasiones, quizá por la satisfacción personal ante el hallazgo de esta imagen, nacida de una experiencia a la vez vital y poética (lectura de Claudel). En cualquier caso, de este modo se garantiza la presencia de la misma en una obra publicada, ya que, de los tres textos en que aparece, escritos en un mismo lugar y en un intervalo temporal bastante breve, tan sólo éste último será destinado finalmente al público. Así, la relación de esta imagen con la mujer española queda oculta a los lectores y sólo es revelada por la consideración de textos no editados por el autor.

¹¹ Cfr. “Des prénoms féminins” en *Jaune, bleu, blanc*.

¹² *Journal*, (Larbaud, 1955: 234)

matérielles qu'intellectuelles, qui ne se sont pas laissées entraîner par le courant et qui ne portent pas dans leur chair, ainsi que le dit Alfred de Vigny : *la lettre sociale écrite avec le feu* et c'est en ceci qui consiste la plus haute culture. (Poÿlo, 1969: 129)

Es pues este carácter el que distingue fundamentalmente a la española del resto de mujeres de Europa, movidas por inquietudes muy distintas y más atraídas (al menos en los círculos acomodados en que se mueve el joven rentista) por las relaciones mundanas y el juego de la apariencia exterior. La mujer española se presenta de este modo como esencialmente distinta, por esa dedicación al amor que, no obstante, dista bastante de la imagen tópica de la mujer fatal difundida por clichés literarios y artísticos. No resulta extraño, por tanto, que un Barnabooth cansado de aventuras europeas encuentre finalmente “en su propia casa”, en una hispana, ese amor sincero que le permitirá dar un sentido a su vida, ni que Felice Francia, mientras observa a sus amigas lesbianas, recuerde a una no nombrada “celle à qui je pense” de carácter innegablemente español.

Para la española, en definitiva, el amor no es una divinidad pagana, sino que se integra en la concepción religiosa que domina su vida, como parte fundamental e ineludible de la misma. El amor se convierte así en algo tan sagrado como la fe y, por tanto, igualmente sincero e indestructible.

Esta preeminencia del sentimiento religioso en el espíritu español (y muy especialmente en el femenino) es motivo de interés para el extranjero intelectual y crítico, quien no dejará de admirar la sencillez y la profundidad de una fe casi instintiva:

Cette Espagnole paraît indifférente. Mais elle ne l'est pas : tout simplement elle ignore ce que nous appelons le sentiment religieux. Ici, il faut aller très haut dans la bourgeoisie, ou chez les dépayés, pour le rencontrer. Chez le peuple espagnol, c'est la foi sans plus, une certitude complète, comme celle qu'ailleurs on accorde aux constatations de la science. Ils n'ont pas lu Chateaubriand, et ils ne le comprendraient pas. Sous les pratiques, qui semblent affectées ou mécaniques, sous l'indifférence apparente de tant d'hommes qui pratiquent peu et qui vivent à peine chrétiennement, il y a une foi vivante. En Espagne, rien n'est violent, et tout est profond. (Larbaud, 1916:3-4)

De forma general, la española integra el sentimiento religioso en su vida cotidiana. Por una parte, la dedicación a sus funciones de esposa y madre se convierte en una entrega vocacional al servicio de la religión del amor familiar. Por otra, los gestos de piedad religiosa forman parte de su comportamiento habitual, de una conducta aprendida y asimilada a lo largo de la vida, expresión de un sentimiento que, no por inculcado, resulta menos sincero y profundo, y que, ciertamente, provoca cierta sorpresa en el extranjero que la observa¹³.

Entre las manifestaciones cotidianas de la religiosidad, Larbaud destacará una que, singularizando la imagen externa de la española, se convertirá para él en símbolo de su carácter más íntimo: el hábito. Éste supone, ante todo, la renuncia al ornato personal, a la ostentación y a todo lo que tienen de superficial las relaciones mundanas. Pero además, esta prenda, como la mantilla, realza a los ojos del observador la belleza de quien la lleva, concediéndole un aspecto monástico que subraya ese especial aura de pureza que caracteriza a la joven angelical:

¹³ Cfr. *Amants, heureux amants...* (Larbaud, 1989: 625)

De plus elle [Amparito] porte l'habit qui donne une sorte d'aspect monastique à la juvénile plénitude de son corps et me rappelle Dolores A. (non oblitus amorum!)¹⁴

De este modo, el hábito aparece, no sólo como el elemento por antonomasia del vestuario femenino español, sino como la mejor representación del carácter de quien lo lleva. Si, en “La mujer vestida”, la francesa Marie es modelo de alta costura y la inglesa Gladys, aristócrata de vestuario deportivo, la Lola española destacará sobre ambas por la adopción del hábito, la vestimenta más elegante a los ojos de Larbaud, con la que difícilmente pueden competir los modelos más caros de París. Y es que, para él, el hábito y el cordón contienen una significación moral e intelectual, que convierten a la belleza femenina en algo casi sagrado.

El sentimiento religioso observado en los demás despierta, pues, cierta admiración en un espíritu como el del cosmopolita, racionalista, hedonista y, en general, poco interesado por los rigores de la fe. Sin embargo, la contemplación de estos rasgos de sincera devoción parece remover un fondo de duda escondido bajo la capa racionalista, esa eterna pregunta a la que, pese a todos los esfuerzos, le resulta imposible encontrar una respuesta definitivamente satisfactoria¹⁵.

Con todo, el elemento religioso permanece en un plano secundario dentro del retrato de la mujer española. Y no sólo porque el observador extranjero no se muestre especialmente interesado en profundizar en las difíciles e íntimas cuestiones de la fe, sino porque la religión a la que la española vive dedicada en cuerpo y alma es la del amor. Las inalcanzables e incomprensibles cuestiones de la metafísica son así trasladadas a un mundo tangible, al universo de lo cotidiano, y la fe en la divinidad, incuestionable “como las verdades más evidentes de la ciencia”, se convierte en la base de un código de conducta y de vida en el que todo gira en torno a uno de los sacramentos (el más mundano quizá): el matrimonio.

La española nace y vive para dedicar su amor a un esposo. Con ese fin será educada por su familia, y a él consagrará su existencia. Todo ello siguiendo un ritual claramente establecido por la tradición y dominado por un estricto sentido de la moral, que distingue netamente la vida femenina de la de otros lugares “más civilizados” de Europa.

¹⁴ Texto del diario inédito citado en la edición de *Luis Losada* (Larbaud, 1971:148)

¹⁵ Así lo expresa el marqués de Potuarey en un largo y exaltado discurso en el que revela a Barnabooth las debilidades de su espíritu, acosado por la duda (*Journal intime*, Larbaud, 1989: 224-5).

Esta confesión del aristócrata cosmopolita se corresponde directamente con algunos de los elementos que hemos venido señalando en relación con la mujer española y la impresión que ésta causa en el visitante extranjero: Potuarey observa en la joven napolitana aspectos de una religiosidad de carácter popular que, a los ojos de un racionalista, constituyen cierta superstición, cuando no una franca paradoja. Sin embargo, no deja de admirar en ellos esa “fidelidad a las pequeñas cosas”, esa sincera devoción que resulta tan natural a las gentes del pueblo y que para él, desde la superioridad que le otorgan su formación y su experiencia, resulta inalcanzable. Pese a todo, las lecturas, el estudio y la propia vida no son suficientes para eliminar ese fondo de duda que le impide desprenderse de un escapulario que, sin embargo, oculta con cierto rubor a sus amigos “intelectuales”.

El paralelismo con algunas de las escenas de la vida española descritas por Larbaud es evidente: Felice Francia recuerda con respeto y admiración las manifestaciones de devoción de “celle á qui je pense”, Joanny Léniot se sorprende ante los arrebatos de religiosidad de Fermina Márquez; Larbaud contempla ensimismado a las jóvenes en las celebraciones del Jueves Santo, admira la sencillez de la fe popular y él mismo compra y hace promesa de llevar escapularios...

Este rito, sintética pero claramente expuesto en el artículo sobre la moda española, será más ampliamente desarrollado en el mencionado capítulo “Les Panathénées” de *Luis Losada*, donde se narran las peripecias del protagonista en busca de una esposa, una búsqueda que quedará definitivamente frustrada, no tanto por el rechazo de la joven pretendida, como por la falta de convicción y entusiasmo con que actúa el propio Losada. Por ello, el cortejo terminará justamente con la carta de declaración amorosa, que debería marcar el punto inicial de unas relaciones “oficiales”.

Dentro del juego de convenciones que rigen la relación con la mujer, la función principal corresponde a la mirada. La atracción del observador masculino por la frescura y belleza de la joven¹⁶, por su “capital sexual à administrer”, se convierte, al mismo tiempo, en elemento intimidatorio. Lejos de espolear el ánimo conquistador, la inexperiencia de la joven y las expectativas que ésta pueda provocar en ella con respecto a su admirador determinan en éste un descenso de la autoestima, una inseguridad y una timidez que lo colocan en situación de inferioridad frente al objeto de su admiración. Este juego silencioso cobra una importancia particular en el caso de la relación con la mujer española, cuya educación social y religiosa le impone un comportamiento mucho más reservado con respecto al hombre, dentro de un rito, el del cortejo, claramente establecido. De este modo, el enamorado contempla extasiado una belleza que lo embelesa al tiempo que le impone un fuerte sentimiento de respeto hacia ella, mientras la chica muestra con su mirada su grado de aceptación de este juego contemplativo, en una actitud que oscila entre el recato y la coquetería.

El diario personal de Larbaud recoge diversas referencias a su “flirt” con las hijas de sus amistades alicantinas, un juego inocente y respetuoso, a la vez que coqueto, que el escritor considera un sano ejercicio para el espíritu exento de complicaciones ulteriores¹⁷.

Este recato femenino, en definitiva, viene determinado por la exigencia de virtud, originada y mantenida por la idea masculina del honor, tal como pone de manifiesto la actitud de Losada con su amante francesa. Una cuestión sobre la que reflexiona, con cierta visión histórica, el joven Léniot:

Sans aucun doute, c'était l'homme des premiers temps, le mâle, qui avait établi cette distinction [entre las mujeres honradas y las que no lo son], et qui, dans son intérêt à lui, l'avait imposé à sa compagne. Ainsi, sous la domination de l'homme, le beau sexe était tout pareil à un troupeau tout conduit, et si bien morigéné, que ce troupeau en était

¹⁶ Si exceptuamos la figura maternal de la Mamá Doloré de Fermina Márquez, y el caso más particular de una Mme Crosland de treinta y ocho años, que ha sido amante antes de asumir el papel de “madre”, las mujeres que aparecen en los textos de Larbaud son mayoritariamente jóvenes, muy jóvenes, cuando no adolescentes, casi niñas, cuya fresca belleza atrae al protagonista, por cuanto son aún seres puros, que pueden escoger entre el vicio y la virtud (Cfr. *Fermina Márquez*, Larbaud, 1989: 331-2)

¹⁷ Su amiga y colaboradora Matilde Pomès constatará más tarde la inocencia manifestada por el escritor en dichos juegos:

Non plus que je ne lui ai jamais dit le souvenir que l'on avait gardé de lui à Alicante, ni les rires cruels des jeunes filles qui s'y étaient amusées de leur flirt avec « le vieux Français ». Il y avait dans la gentillesse essentielle – au sens étymologique et noble du mot – de Larbaud une totale imperméabilité à tout le côté dur, sec, sans pitié du caractère espagnol. Aux yeux de ces gamines d'Alicante, pour qui un garçon de vingt-huit ans n'était déjà plu un contemporain, Larbaud, avec dix de plus, faisait figure de barbon. (Pomès, 1957: 530-1).

arrivé à faire lui-même sa police, et à chasser spontanément de sa masse toutes les têtes indociles, toutes les brebis galeuses. Joanny ne se demandait pas si cette loi était juste ou injuste, ni si la femme n'avait pas intérêt à s'y conformer ; cependant il constatait que la femme suivait cette loi, aveuglément dupe de son éternel maître, l'avare propriétaire de l'âge patriarcal, l'époux romain *cum manu*. (Larbaud, 1989 : 331)

Este papel, por tanto, será asumido por la mujer española de forma incondicional, casi sagrada, con una vocación que, para el observador extranjero, no está exenta de encanto, por cuanto esta actitud de entrega halaga al hombre a quien se dedica.

Esta actitud, además, sintetiza, en su opinión, la esencia misma de la tradición española y los rasgos más singulares del carácter hispano. Como sus mujeres, España es, para Larbaud, apasionada, generosa, orgullosa y mística. Una opinión nacida de su propia experiencia como viajero, ciertamente parcial e incompleta, pero no por ello menos sincera.

Bibliografía

- ILLANES Inmaculada (1994). "El ideal cosmopolita en Valery Larbaud". *II Coloquio sobre los estudios de Filología Francesa en la Universidad Española*, 397-401. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha.
- LARBAUD Valery (1916). « En Espagne ». *Le Figaro*, 1 mars, 3-4.
- LARBAUD Valery (1955). *Journal (1912-35)*. Paris: Gallimard.
- LARBAUD Valery (1971). *Le coeur de l'Angleterre (suivi de Luis Losada)*. Paris : Gallimard.
- LARBAUD Valery (1989). *Oeuvres*. Paris : Gallimard, « Bibliothèque de la Pléiade ».
- POMÈS Mathilde (1957). « Valery Larbaud et l'Espagne », *Nouvelle Revue Française*, n° 57 (Hommage à Valery Larbaud), 1 septembre, 527-532.
- POYLO Anne (1969). « Valery Larbaud et le trois femmes vêtues », *La Revue des Deux Mondes*, 1 octobre, 117-131.